

MEMORIAS FAMILIARES CON LOS ESTUDIANTES DE LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA**GILBERTO ECHEVERRI MEJÍA¹**Por: Lizeth Palacio Ríos² y Nataly Marín Quiceno³**Resumen**

Este artículo presenta el resultado de la investigación *Memorias familiares con los estudiantes de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía de la Vereda Cabeceras del municipio de Rionegro, Antioquia, Colombia*. La investigación surge a partir de la necesidad de comprender la situación actual en la cual se encuentran las familias que habitan en la vereda, y las dinámicas que allí se dan a partir de las particularidades del territorio y los procesos de movilidad humana que hacen que la vereda sea habitada por lugareños y foráneos. De ahí que sea necesario recuperar las memorias a partir de la interacción de los estudiantes con sus familias, luego relacionarlas a fin de hallar puntos de encuentro, desencuentro y tensiones, para finalmente analizarlas e interpretarlas. Las empleadas para conceptualizar las categorías de memorias y familia son las teorías críticas, en tanto emergentes y disruptivas con los saberes instituidos. La investigación acción fue el diseño empleado para generar la información e interpretarla colaborativamente. Los hallazgos permiten concluir que la comprensión que hoy tienen los habitantes de la vereda de sí mismos y del contexto se da a partir de los acontecimientos del pasado que han dejado huella y esclarecen los problemas del presente, además del anhelo de los habitantes por la recuperación de este tejido comunitario. Se hace evidente que se ha anulado el lugar de la escuela como un espacio vinculante al servicio de la construcción de comunidad.

Palabras clave: memorias, familia, escuela.

¹ Artículo resultado de investigación para optar al título de Magíster en Educación de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Colombia, en la línea de cultura y pedagogía de los Derechos Humanos.

² Licenciada en Filosofía y Educación Religiosa de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro (2016). Docente de la Secretaría de Educación de Rionegro, Antioquia, Colombia. Estudiante de la Maestría en Educación de la Universidad Católica de Oriente (2022). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2225-8876>. Correo electrónico: lizparios@gmail.com.

³ Maestra en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia (2015). Estudiante de la Maestría en Educación de la Universidad Católica de Oriente (2022). Correo electrónico: nmarinq@gmail.com.

Abstract

This article presents the result of the investigation Memorias Familiares (Family Memories) with the students of I.E. Gilberto Echeverri Mejía in the town of Cabeceras from the municipality of Rionegro, Antioquia, Colombia. The investigation stems from the need to understand the situation in which the families that inhabit the town are currently in, and the dynamics that arise due to the particularity of the territory and the human mobility processes that make the town home to natives and foreigners. Hence the objective of this investigation is to recover those memories that come from the interaction of the students with their families, then correlating the information to find similar and differing points, finalizing with an analysis and interpretation of the data. The theories employed to conceptualize the categories of memory and family are critical, in so far as they are emergent and disruptive with the instituted know-how. The investigation action was design employed to generate the information and interpret it collaboratively. The findings allow us to conclude that the understanding the town's inhabitants have of themselves and their context has to do with past events which have left a mark and help clarify the present problems, as well as the longing of the inhabitants to recover that community fabric. It becomes evident that the school has been undone as a place of connection in service of building community

Key words: memory, family, school.

Introducción

La recuperación de memorias familiares de los estudiantes de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía es una apuesta por la interpretación de las memorias que emergen de la interacción de los estudiantes con sus familiares. Este ejercicio de recuperación de la memoria permite narrar, desde una perspectiva participativa, aquellos recuerdos que se configuran en sentidos e historias con el fin de generar un contra - relato, para dar voz a los subalternos.

Se parte del análisis inicial del problema, que se encuentra enmarcado en la necesidad de recuperar las memorias familiares de los estudiantes de la Institución Educativa Gilberto

Echeverri Mejía de Rionegro, considerando varios factores que lo suscitan. Lo primero es que la necesidad de hacer memoria surge como posibilidad de comprender la situación actual en la cual se encuentran las familias que habitan en la vereda y las dinámicas sociales, culturales y económicas que allí se dan. Esta situación particular de habitar el territorio se da a raíz de procesos de movilidad humana que conllevan a que la vereda sea habitada por lugareños y foráneos, siendo estos últimos, en su mayoría, de otras regiones del país o del departamento y que llegan a la vereda para realizar labores de mayordomía. Adicional a esto, se hace evidente el desconocimiento por parte de los estudiantes de la historia familiar y comunitaria, lo que hace visible la necesidad de que estos interactúen con sus familias y puedan recuperar esas narrativas del pasado que logran explicar muchos incidentes del presente.

Por lo anterior surgió la pregunta: ¿Cuáles son las memorias familiares que emergen de la interacción de los estudiantes con sus familiares de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía de la vereda Cabeceras de Rionegro? A su vez, surgió el objetivo general que es la interpretación de las memorias familiares que emergen de la interacción de los estudiantes con sus familiares de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía de la vereda Cabeceras de Rionegro, para acudir en primer lugar a su recuperación, luego relacionarlas con el fin de hallar puntos de encuentro, tensiones y desencuentros y, finalmente, analizar dichas memorias y sus relaciones.

Para responder a dicha pregunta de investigación, se acudió a la concepción hermenéutica de Gadamer, que considera esta no como una teoría o un método más para competir con otras en el estudio de los textos: “La Hermenéutica es la filosofía que interpreta la realidad en que vivimos” (Vilariño, 2011, p. 376). Además, se asume la comprensión como la acción de entender desde la posibilidad del otro, como expresión de su mérito y trascendencia, con lo que la interpretación no se queda solo en quienes investigan, sino que es una construcción dialógica de las diversas interpretaciones – comprensiones colaborativas con o entre los sujetos. Lo anterior exigió buscar un punto de encuentro entre la comprensión - interpretación de las investigadoras y la interpretación participativa de los coinvestigadores, en este caso los estudiantes, a partir de los planteamientos de Kemmis (2014) y Torres Carrillo (2014).

Los antecedentes de los cuales se hizo lectura fueron trabajos de investigación en maestría, que realizaran ejercicios de recuperación de memorias en contextos educativos y comunitarios. Como particularidad en el caso de Colombia, la memoria como categoría de investigación presenta una estrecha relación con procesos referidos al conflicto armado no internacional que se ha dado y se da en el país. Sin embargo, hay investigaciones que se han encaminado a procesos de memoria que no están relacionados directamente con el conflicto armado, y que buscan la recuperación de prácticas, saberes, tradiciones e historias en instituciones educativas teniendo en cuenta contextos barriales, veredales y comunitarios, que fueron los que se tuvieron en cuenta a la hora de reflexionar los antecedentes de investigación.

Como aspectos comunes en cuanto al abordaje tanto pedagógico como metodológico, se tuvo las pedagogías críticas latinoamericanas y decoloniales y, desde lo metodológico, la investigación acción, la etnografía y las investigaciones biográfico - narrativas. En cuanto a técnicas de investigación se emplearon las cartografías, entrevistas, grupos focales, entre otros. Como productos, además de los artículos de investigación, se presentaron diseños pedagógicos y curriculares desde lo ético-político, visión crítica, diálogos intersubjetivos y reflexión. Asimismo, el uso de estrategias estéticas, literarias, visuales y expresivas múltiples, que apuntan a una reflexión individual en donde posteriormente converge lo colectivo.

En este orden, y después de revisar investigaciones previas y autores que se aproximaban a la naturaleza de la investigación, se adoptaron algunas concepciones que sirvieron de lugar de enunciación y explicación respecto a las memorias familiares de los estudiantes. Por ello, se retomó una aproximación teórica de la memoria en cuanto actividad humana que permite contar la historia desde la perspectiva de los vencidos, los subalternos, los oprimidos, entendiendo esta desde teóricos como Walter Benjamin (2010), Halbwachs (2004), Marie Claire Lavabre (2009), Elizabeth Jelin (2002), Ricardo Sánchez (2003) y Alfonso Torres Carillo (1992).

Respecto a la concepción de familia, se entendió esta como una constructo social y cultural que es dinámico, cambiante y cuyas características dependen del contexto. La familia

es entendida más allá de configuraciones homogéneas y escenario privilegiado para comprender las memorias a partir de la experiencia de colectividad. Por un lado, Gutiérrez (1992), pionera en las investigaciones sobre familia en nuestro país, posibilita cuestionamientos sobre clasificaciones y tipificaciones al respecto y da entrada a nuevas interpretaciones. Por otro lado, dos autoras, Palacio (2009) y Puyana (2007) logran problematizar las diferentes aproximaciones al concepto de familia, en relación con el vínculo encontrado con el rol de la mujer dentro de las diferentes configuraciones de familia en nuestro contexto. Estas concepciones de familia son emergentes y no solo aluden a una descripción, sino que enfatizan en la importancia de una crítica a las posturas tradicionales de familia, en donde la diversidad y el papel de la mujer sean necesariamente reflexionadas, para gestar la transformación del concepto en consonancia con las dinámicas sociales actuales.

La problematización y su teoría permitió ir al encuentro del diseño de investigación, tomando como referentes la propuesta de recuperación colectiva de la historia de Torres (1992) y la propuesta metodológica de investigación acción educativa que en Kemmis, citado por Latorre (2004), es considerada como

Una forma de indagación autorreflexiva realizada por quienes participan (profesorado, alumnado, o dirección por ejemplo) en las situaciones sociales (incluyendo las educativas) para mejorar la racionalidad y la justicia de: a) sus propias prácticas sociales o educativas; b) su comprensión sobre las mismas; y c) las situaciones e instituciones en que estas prácticas se realizan (aulas o escuelas, por ejemplo) (p. 24).

Esto es posible a partir de los momentos que propone Kemmis (2014) que son: planificación, acción, observación y reflexión. Estos a su vez se relacionan con los de Torres (1992), que son el acercamiento, la ejecución y la socialización. Al ser momentos y no pasos, se entrecruzan entre sí permitiendo un ejercicio interpretativo colaborativo en todo el proceso de investigación. En coherencia al tipo de investigación, se usó técnicas e instrumentos participativos e interactivos que facilitaron la generación de información, la interpretación con los protagonistas y la consecución de los objetivos propuestos.

Los hallazgos, por su parte, se presentan en las categorías familia y memorias, al igual que se establece una relación entre las mismas. Las memorias que emergieron se encuentran relacionadas con acontecimientos de goce y de dolor, que logran poner de relieve otros aspectos significativos: nostalgias, conflictos, desarraigo y relaciones familiares. Respecto a la familia, se devela la continuidad de un modelo de familia tradicional instituido. Esta reconstrucción de las memorias familiares, tanto de lugareños como foráneos, permitió identificar que no se ha logrado construir un vínculo entre ellos y entre las nuevas y viejas generaciones, en parte, responsabilidad de la escuela que perdió su papel protagónico de construcción de comunidad. De ahí que la recomendación principal que emerge de esta investigación sea para la institución educativa, que debe retomar su dimensión comunitaria.

A continuación, se expone el marco teórico y conceptual que orientó la investigación. Luego se describe el marco metodológico que permitió el logro de los objetivos propuestos, a través de las técnicas e instrumentos investigativos empleados. Después se presentan las nociones del análisis realizado con su respectiva discusión y conclusiones.

Teorías y Conceptos

La investigación partió de los conceptos: memorias y familia. Para la teorización de las memorias se tienen en cuenta las teorías críticas de la historia, pues estas son emergentes, críticas y permiten la continuidad de las luchas sociales. En el caso de familia se realiza una conceptualización histórica, que permitió comprender la evolución del concepto general hasta llegar a la idea de familia en Colombia, para mostrar las rupturas con las concepciones tradicionales que hoy son objeto de reflexión.

Memorias

La construcción conceptual de las memorias demanda elementos teóricos de la filosofía, principalmente de la fenomenología y la hermenéutica; por las características del problema de investigación se abordó desde lo hermenéutico. Se pudieron establecer disímiles entre las distintas concepciones de memoria, pues hay entre ellas puntos de tensión y encuentros, en especial la memoria como un ejercicio de lo subalterno.

La memoria se configura como concepto político, colectivo, crítico y emergente; político porque debate la versión de la historia y crítico porque es emergente y en términos dialécticos tiene pretensión de síntesis. Para Adorno, la memoria se puede comprender como una forma de liberación del futuro, en tanto la reflexión de estas vivencias y la apropiación de esta reflexión permite la no repetición de la barbarie, “Nunca más” (Almanza, 2013). Complementariamente, para Walter Benjamín (2010) surge como la necesidad que contrapone las ideas por los vencedores y se asume desde los sujetos que los han presenciado verdaderamente, los vencidos, los sin nombre. Para este autor, suele ser “más difícil honrar la memoria de los sin nombre, que las de los famosos, de los festejados” (p. 55). Esta idea la ratifica Reyes Mate (2009), al afirmar que “de la misma historia, de un pasado común, hay dos relatos. Uno es el que hacen los vencedores, elevado a teoría canónica; otro es, sin embargo, el que se esconde en la memoria de los vencidos” (p. 205).

Si bien la memoria de los sin nombre es para Benjamin (2010) la consagración de la construcción histórica, esta también es presentada como una historia necesariamente “cepillada a contrapelo” y en donde se evidencia la pluralidad, en contraposición a la idea de una historia universal, que el autor considera mesiánica. La memoria representa para Benjamin (2010) una brizna de paja, una remembranza que se hace relámpago, es decir, imagen, una pequeña garantía que aunque es más difícil de honrar que la de lo establecido, la de los vencedores, “tiene que ser integrada a la lucha de clases” (p.58). Del mismo modo, para Lavabre (2009) la memoria es presentada como una eventual capacidad de resistencia a las memorias oficiales como impresión que es organizada siempre por el presente.

Adicionalmente, la memoria se configura necesariamente desde la colectividad, pues se entiende que las vivencias se dan con otros y que el recuerdo de ellas emerge, se comunica y se visibiliza en la práctica con otros. Si bien hay un reconocimiento de la importancia de las mismas a nivel individual, para autores como Halbwachs (2004) la colectividad en la construcción de dichas memorias es fundamental pues, “son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos” (p. 16).

Lavabre (1998), desde la obra de Halbwachs, revive la importancia de la colectividad y expresa que: “la memoria colectiva remite a la memoria compartida de un acontecimiento del pasado vivido en común por una colectividad, amplia o restringida, nación, aldea o familia” (p. 105). Pero trasciende a Halbwachs, Adorno y Walter Benjamin, porque entiende que los fines de las memorias son recuperar las luchas de los vencidos para poder darle continuidad a una lucha presente. La autora resalta la importancia de los testimonios y los relatos, así como de las autobiografías, por la representación y correspondencia que se les da al compartir la memoria de los acontecimientos y, así mismo, con la idea de que el pasado puede ser vertido al presente (Lavabre, 1998, p. 105). Esto, no solamente como un asunto de no repetición, sino como un asunto de disputa del poder público.

El énfasis recurrente en Lavabre (2020) es la influencia visible del pasado en el presente, pues para ella la memoria es presente del pasado. Para la autora, no es una novedad la instrumentalización del pasado, en donde las conmemoraciones y los eventos instituidos se muestran agudamente como una forma de poder. Ella cuestiona, además, la proliferación de ejercicios de memoria, las causales y motivaciones de quienes están en el poder para generar dichas actividades y la influencia que dichos instrumentos tienen en la colectividad y en la concepción de su propia memoria. Para Lavabre (2020), la historia se configura como un instrumento de poder en manos de quien así la quiera manipular. Sin embargo, la memoria necesariamente es manifestada como una consciencia reivindicatoria. Entre la huella y la evocación, también podemos subrayar el sentido pleno de un lugar común en el vocabulario de la memoria: es la reconstrucción del pasado (Lavabre, 2020, p. 9).

En el caso latinoamericano, estas ideas son retomadas por Jelin (2002), para quien las vivencias no son solo las propias o las individuales aisladamente, sino que desde la colectividad cada pasado cambia y confluye con las memorias que son incorporadas por otros. Es decir, plantea la idea de una memoria que se configura y recupera desde la interacción y la colectividad. Menciona Jelin (2002), que “cuando se abre el camino al diálogo, quien habla y quien escucha comienzan a nombrar, a dar a entender, a construir memorias. Pero se necesitan ambos, interactuando en un escenario compartido” (p. 84).

Las memorias son además una forma de influir en el presente pues “en el plano colectivo, el desafío es superar las repeticiones, superar los olvidos y los abusos políticos, tomar distancia y al mismo tiempo promover el debate y la reflexión activa sobre el pasado para su sentido para el presente/futuro” (Jelin, 2002, p. 16). Esta idea de Jelin es retomada de otros autores, como Reyes Mate (2008), Halbwachs (2004) y Lavabre (1998) quienes en su momento afirmaron que en la colectividad se evidencian unas necesidades, valores y experiencias del presente. Esto quiere decir que la recuperación de la memoria es una tarea que permite la comprensión del presente y la proyección del futuro.

En esa misma dirección, Alfonso Torres Carrillo (2014) retoma a Halbwachs, Jelin, Ricoeur y otros, y plantea la necesidad de fortalecer las memorias colectivas populares, pues estas ayudan en la comprensión de los incidentes del presente, el devenir social a través de la historia y la posibilidad de emprender acciones hacia horizontes liberadores (p. 5). En esta misma línea, Ricardo Sánchez (2003), plantea que la necesidad de hacer historia no es con la finalidad de discursos y conglomerados eruditos, sino más bien una necesidad social de los pueblos para entender el sentido mismo de su existencia, valorar sus experiencias y discernir cuestiones futuras (p. 240).

En este sentido, Torres y Sánchez coinciden en que los ejercicios de memoria no son una actividad o un producto terminado, sino una construcción permanente y dinámica que se renueva según la relación de conflicto que se da con la memoria oficial del poder (Torres, 1992, p. 9). Sánchez (2003) dice al respecto que “La historia es siempre multireal y no unidimensional” (p. 218), lo que permite comprender la historia no como un asunto estático, sino como él mismo menciona, un propósito cultural que está vivo y que deja huella en la conciencia de los pueblos.

Torres (2014), además, realiza una crítica a la visión de la historia como dispositivo de poder, viciada por fuerzas ideológicas, en donde los vencedores y opresores han tenido el control de la memoria social a través de sus relatos, ignorando los contrarrelatos y la participación de los oprimidos y subalternos. Por lo tanto, la recuperación colectiva de la historia debe darse desde iniciativas investigativas que se relacionen con los oprimidos y que

los asuman no como objetos de conocimiento o generadores de información, sino como lugares políticos y epistemológicos capaces de leer e interpretar el pasado en función de su emancipación (p. 35). Esta idea también es reiterativa en el discurso de Sánchez (2003), al afirmar que la pérdida de memoria histórica conduce al nihilismo y a la justificación de las acciones sociales existentes, que devienen luego en opresión, humillación y horror (p. 10).

Para hacer emerger dicha historia popular, Torres (2014) afirma que convergen varios escenarios de interlocución, como es el caso de la educación popular, la investigación acción participativa, los aportes de la historia contrahegemónica, la historia oral y las prácticas de los colectivos subalternos de resistencia y lucha por mantener su memoria (p. 37). Además, el autor hace notar que “la gran ausente de la historia popular es la vida corriente de los sectores populares” (1992, p. 29), poniendo de relieve que la memoria se alimenta de tradiciones orales, lúdicas, estéticas, de rituales, recuerdos, archivos, objetos, territorios, fotografías y cuerpos que se tensionan en la vida diaria y en coyunturas memorables (2014, p.40).

Tanto Torres (2014) como Sánchez (2003), coinciden con Lavabre (2009) en que en los fines de la memoria hay una función política y de disputa por el poder. Este ejercicio del poder no es ingenuo y se convierte en muchos casos en instrumento del establecimiento para influir, a través de las políticas de la memoria, sobre los recuerdos y representaciones compartidas del pasado, que son susceptibles de visibilizarse en la experiencia vivida o transmitida (Lavabre, 2009, p. 20).

Familia

El concepto de familia para las sociedades occidentales tiene su origen en las culturas antiguas griega y romana, en donde se concibieron como una forma de organización, que más que social y legal, era religiosa, como una necesidad de ritualizar y conservar las tradiciones en el tiempo. Fustel de Coulanges (1997) afirma que “lo que une a los miembros de la familia antigua es algo más poderoso que el nacimiento, que el sentimiento, que la fuerza física; es la religión del hogar y los antepasados” (p.35). Dicha concepción se extiende y fortalece en el imperio romano y posterior afianzamiento del cristianismo, dando una

especial relevancia a la idea de familia nuclear, moralmente ejemplar y practicante de los principios doctrinales y dogmáticos de la religión cristiana - católica. De ahí que se fortalezca la concepción de familia patriarcal, que concede responsabilidades diferenciadas al hombre y a la mujer, y la concepción moral-religiosa de respeto por la autoridad masculina. Estas ideas son luego aceptadas y adoptadas por el orden jurídico - legal, que concibe a la familia como núcleo de la sociedad bajo los paradigmas morales anteriormente mencionados (Coulanges,1997).

Estas concepciones hicieron parte de la colonización española de América Latina y, por esta razón, hasta mediados del siglo XX la concepción de familia colombiana era solo la aceptada por la institucionalidad eclesiástica, es decir, la conformada por padre, madre e hijos (Negrete, 2019). A partir de mediados del siglo XX, comienzan a darse unas transformaciones estructurales en la sociedad colombiana, que devienen en cambios en la concepción y consolidación de la familia. Un ejemplo de ello es el cambio de familia extensa rural a familia urbana nuclear; aparecen también las familias padrastrales, superpuestas y homosexuales.

El debate sobre la familia se ha gestado principalmente a partir de la antropología, que ha reflexionado acerca de las sociedades que se han consolidado a partir del parentesco y las que se mantuvieron al margen de este. Sin embargo, el foco de interés ha primado en torno a los cambios que esta institución ha sufrido a lo largo de los años, pues son evidentes las transformaciones drásticas que se han dado en términos de los valores sexuales, los divorcios, el rol de la mujer y la crítica al poder patriarcal (Cicerchia y Bestard, 2006, p. 5). Para los mismos autores, “la familia es una organización social que contiene intrínsecamente cambio y tradición, novedad y hábito, estrategia y norma” (p. 6). Con esto, se entiende que la familia, más que unificarse en una definición, tiende a pluralizarse por la diversidad de circunstancias de orden cultural, económico, político y social que convergen en la actualidad.

Queda en este sentido abierto el debate sobre si la familia se conforma a partir del parentesco o ignora este, pues el parentesco surge a partir de alianzas que no son justamente biológicas, porque las sociedades antiguas regulan el matrimonio a través de la prohibición del incesto, lo que deja la posibilidad de otros vínculos sociales constitutivos para las nuevas

concepciones de familia (Giraldo, 2002, p. 105). Respecto a esto, Bourdieu (1997, p. 33) refiere que las relaciones de parentesco, familia y matrimonio son comprensibles a partir del capital simbólico, poniendo como ejemplo los intercambios de bienes simbólicos, incluso económicos a partir de los cuales se configuran estas relaciones.

Y más allá del capital simbólico, Bourdieu (1997, p.33) entiende la familia como un constructo social, una invención sociológica, en el sentido que esta es una necesidad para perpetuar el ser social, los poderes, los privilegios. Adicionalmente, se originan en esta unas estrategias de reproducción, fecundidad, matrimonio y economía, con el fin de alcanzar los objetivos de dicha perpetuación. Queda de este modo claro, que la familia nace como una necesidad humana de generar alianzas, vínculos, relaciones de parentesco, con finalidades múltiples que varían de acuerdo con las circunstancias epocales.

Para el momento actual, dichas circunstancias están atravesadas por múltiples cambios que permiten comprender la familia como “un conjunto de vínculos humanos, es decir, culturales” (Cicerchia y Bestard, 2006, p. 5), que se construyen a partir de las particularidades de cada lugar, los intereses de la sociedad que conforman y las tendencias dadas en medio de un mundo globalizado.

En el caso colombiano, con los estudios de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda (1922 -1999), se visibilizan unas nuevas tipologías de familia. Ella concentra su atención inicialmente en los tipos regionales de familia, en donde clasifica las familias de acuerdo con el espacio geográfico que habitan y las características propias de esas regiones. Luego, nombra dichas tipologías como complejos culturales, haciendo énfasis en el protagonismo que emerge de la mujer; y, finalmente, relaciona la familia a partir de formas urbanas mixtas, notándose que en las urbes se comienzan a mezclar familias con bagajes culturales diversos, y dicha organización social va dando tránsito a concepciones jurídicas.

Para Virginia Gutiérrez (1998), la familia tiene diferentes tipologías que se manifiestan siguiendo estructuras culturales específicas, entre estas, la relación de pareja con los hijos, el madresolterismo, la unión libre y el concubinato interclase; todas estas tipologías con normas de filiación y de herencias específicas. Al respecto, Gutiérrez (1998) plantea que

La familia nuclear americana conforma una tipología muy simple, encarada desde un punto de vista escuetamente legalista: puede fragmentarse en familia legal y en familia de hecho. La primera reconoce como requisito estructural el matrimonio, mientras en la segunda se halla ausente (s.a., p. 50).

La autora en cuestión ha sido retomada por varios académicos, quienes han intentado actualizar constantemente las concepciones de familia de acuerdo con los cambios epocales que atraviesa el país. Tal es el caso de María Cristina Palacio Valencia (2009) y Yolanda Puyana (2007), que en sus estudios se han aproximado a unas concepciones de familia más contemporáneas, que comprende las características culturales y que logra tipificar las expresiones que se dan en estas de acuerdo con el lugar que habitan y los roles que se asumen.

Para Palacio (2009, p. 46-47), la familia es el escenario social que evidencia de manera clara las transformaciones sociales e individuales. Así mismo, considera que la sociedad ha pretendido una institucionalidad impuesta, considerándolo como un único modelo de organización sagrado y homogéneo. Esta crítica, encauza su postura hacia la concepción de familia como un “ámbito de profundas policromías, poliformismos y multipolaridades” (p. 47). De este modo, la autora concluye recurrentemente en la diversidad que está implícita siempre en las familias.

Para Puyana (2007), los planteamientos alrededor del concepto de familia se agrupan en tres tendencias relacionadas con los roles de sus integrantes. La primera es la tendencia tradicional, en donde el rol de la mujer está dado por las tareas domésticas y la crianza de los hijos, en cambio, el rol del hombre desde una postura patriarcal representa solo la figura proveedora. La segunda tendencia, refiere una transición en donde hay cambios lentos en cuanto a los roles, sin embargo, hay más participación masculina en los oficios domésticos, pero nombrados como colaboración. La última tendencia mencionada por la autora es de ruptura, en donde padres y madres innovan al asumir ambos los oficios domésticos, comprendiendo esto como responsabilidades compartidas (p. 13).

Teniendo en cuenta a las familias como escenarios donde se gesta la primera experiencia de colectividad, sea cual sea su estructura o roles, son estas un primer momento

en donde puede hacerse recuperación de las memorias, en un diálogo constante entre el recuerdo y el olvido, que permite la representación del pasado en busca de dar sentido a la historia familiar, de pertenencia y de identidad colectiva (Torres, 2014, p. 39). Esta intersubjetividad que se da entre los miembros de la familia en la recuperación de sus memorias podría claramente relacionarse con la propuesta de Halbwachs (2004), cuando afirma que la memoria se da a partir de unos marcos sociales, entendiendo que uno de los primeros marcos sociales que experimenta el ser humano es la familia, y luego vendrán otros que lo refuerzan o retoman. El autor, solo ve posible esta actividad a través del intercambio con otros y distingue dos tipos de memoria, una que podría denominarse personal o autobiográfica, y otra que es social o histórica. Sin embargo, enfatiza en la primera solo es posible a partir de la referencia de la segunda, pues la historia personal está siempre inmersa en una general (p. 71). En consonancia con esta relación de memoria y familia, Jelin (2002) es reiterativa en todo su discurso, sobre la condición que tiene el ser humano al estar ubicado en contextos grupales y sociales específicos (p. 19), causales estos de la identidad colectiva, de un nosotros que configura redes, instituciones, filiaciones, que en este caso son las familias.

Ruta Metodológica

El enfoque de la investigación fue cualitativo y el paradigma interpretativo - comprensivo, y se sirvió del diseño de la investigación acción para cumplir con los propósitos trazados. El enfoque cualitativo obedece a su carácter no lineal, según Galeano (2020) susceptible de transformación, revisión y cuestionamiento además de ser un proceso reflexivo en permanente construcción. Así mismo, el paradigma ya mencionado plantea Carlos Vasco (1989), retomando a Habermas, que en este hay un interés científico que no se queda en el control y la predicción, es decir, en lo empírico analítico, sino que busca ubicar y orientar la praxis individual y social en un contexto histórico concreto. Se comprende por histórico, no un conglomerado de recuerdos del pasado, sino los incidentes del presente que están haciéndose y de los cuales el ser humano es actor. Esta modalidad de investigación permitió la reflexión - acción - reflexión sobre una realidad problémica del contexto, que en este caso fueron las memorias familiares con los estudiantes de la Institución Educativa Gilberto

Echeverri Mejía. La finalidad de la investigación acción circunda en algún tipo de cambio o transformación del contexto, que para Kemmis (2014) no es el cambio en las prácticas individuales del docente, sino más bien un cambio social que se da desde acciones colectivas (Herrerías, 2004, p. 2).

En sus obras, Torres (2014) propone algunas pistas metodológicas para la recuperación colectiva de la historia, que están en consonancia con la propuesta de Kemmis (2014). Para comenzar, precisa que la memoria, a través de la investigación acción participativa, debe suponer el diálogo de saberes de los miembros de las comunidades (Torres, 1992, p. 112). Para lograrlo, propone un conjunto de dispositivos de activación de memoria que permiten

Reconocer que la memoria social se encuentra no sólo en los recuerdos de sus miembros, sino también en las huellas que el pasado deja en la estructura física del mismo barrio (sus calles, lugares, casas), en los muebles, objetos y pertenencias de la gente (utensilios, juguetes, ropa), en las fotografías y otros registros visuales y en algunas prácticas sociales que permanecen en el presente (fiestas, tradiciones orales, juegos) (2014, p. 46-47).

Además, propone tres fases para la recuperación colectiva de la memoria, siendo la primera una fase preparatoria, en donde se debe realizar el acercamiento e inserción en la comunidad. En la segunda fase, refiere que se debe delimitar y formular el problema, para establecer las fuentes adecuadas que permitan recolectar la información y su posterior análisis. En esa fase, Alfonso Torres (1992) enfatiza que la sistematización y análisis debe realizarse con el grupo, teniendo en cuenta sus interpretaciones y comprensiones de la historia popular. La última fase es la de socialización, momento en el cual se pone en evidencia el trabajo realizado, que debe tener en cuenta las características culturales y comunitarias que permitan asertividad tanto en la información como en los medios a través de los cuales se comparte (1992, p. 133).

Para cumplir con los objetivos propuestos en esta investigación, se retoman los planteamientos metodológicos de Torres (2014) en articulación con el proceso de

investigación - acción que propone Kemmis (2014), el cual consiste en un modelo espiral, cíclico y flexible que comprende los siguientes momentos: planificación, acción, observación y reflexión.

El primer momento, que es de planificación, se centró en focalizar el problema y realizar un diagnóstico, para el caso de esta investigación fue la necesidad de recuperar las memorias familiares. Adicionalmente, en esta fase se construyeron los referentes teórico-conceptuales y se diseñó la propuesta metodológica con sus técnicas e instrumentos consecuentes, a fin de dar cumplimiento a esa necesidad.

El segundo momento corresponde con la acción, que es el periodo en el que se desarrolló el trabajo de campo, es decir, la aplicación de las técnicas e instrumentos que tuvieron por objetivo la generación de información respecto a la recuperación de las memorias familiares. Las técnicas empleadas fueron entrevista semiestructurada y tres técnicas participativas-interactivas, a saber: línea de tiempo, mural de situaciones y cartografía social. Estas técnicas permitieron, además

Reconstruir elementos del ciclo vital en relación con el tiempo social; facilitar la relación intersubjetiva entre el protagonista y el investigador; traducir la cotidianeidad en gestos, palabras, símbolos, relatos: expresar la permanente interacción entre la historia personal y la historia social y recrear con finos detalles y matices la riqueza de lo social en su complejidad, dinámica y juego de subjetividades (Galeano, 2016, p. 63).

Dado el diseño de la investigación, se dio lugar a la aplicación de técnicas de generación e interpretación de la información, en este caso interactivas - participativas que están determinadas por el análisis del contexto y los participantes, encontrándolas pertinentes por el sentido de las preguntas, las dimensiones de la situación estudiada y los propósitos de la investigación (Galeano, 2020).

El tercer momento es la observación, y en este se priorizó la organización de la información que generó la acción. Así mismo, en este momento se realizó el análisis de dicha

información y se identificaron, de manera preliminar, las memorias familiares con los estudiantes. Para Latorre (2004), en este momento observamos la acción para poder reflexionar sobre lo que hemos descubierto. Es en el imperativo de la observación donde la investigación acción difiere de otras tradiciones de la investigación (p. 49). Además de esto, la propuesta de Kemmis sobre la investigación acción plantea que el momento de observación (no se debe entender esta como la aplicación de un instrumento de observación), inicia en el instante que se va generando la información y, en la medida que se organiza esta, se continua con el proceso de análisis e interpretación como un abre bocas para el cuarto momento (Kemmis, 2014, p. 107).

El cuarto momento corresponde con la reflexión, que privilegió el ejercicio de comprensión e interpretación participativo, con lo que la interpretación subsume la comprensión. En este momento de la investigación, fueron importantes las narrativas de los sentidos que se entretajeron respecto a las memorias familiares y las relaciones que se dieron entre ellas. Igualmente, se pusieron en común las interpretaciones que se dieron entre los sujetos que participaron en la investigación. Se cruzó en este punto, la pretensión participativa de Kemmis (2014) con la de Torres Carrillo (2014), es decir, como investigadoras salimos al encuentro con el otro que informa, comprende e interpreta participativamente. Por tal razón, los estudiantes se convirtieron en coinvestigadores haciendo con ellos un grupo motor.

La población fueron los estudiantes de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía de Rionegro - Antioquia. El tipo de muestreo fue el significativo intencionado, los criterios para la selección de la misma fue el grado donde se hubiera menor asimetría entre el número de estudiantes lugareños y foráneos, y que los estudiantes aceptaran ser parte de la investigación. El grupo motor se conformó con los estudiantes con más disposición favorable a participar y que presentaban capacidades para interpretar colaborativamente la información.

Hallazgos y Discusiones

Estos fueron abordados desde las categorías: memorias y familia, y desde las muestras: lugareños y foráneos, entendiendo que los primeros llevan más de cinco décadas en el territorio y los foráneos han llegado en las últimas treinta décadas en calidad de

propietarios de fincas de recreo, cuyos hijos no estudian en la institución educativa, o en condición de mayordomos que han llegado en la última década, quienes hacen parte de la institución educativa.

Respecto a las memorias, se encontró que estas giran alrededor de la tensión entre vivencias de goce y dolor. Existe en estas vivencias una diferencia entre los lugareños y los foráneos, pues para los lugareños resulta más fácil recordar aquellos momentos que les generan alegría, sentimiento de gratitud, tranquilidad y bienestar, mientras que para los foráneos es más recurrente el recuerdo relacionado con situaciones difíciles enmarcadas en acontecimientos de muerte de sus seres queridos, separaciones y condiciones económicas precarias. Lavabre (1998) refiere que la selectividad de la memoria se da en la medida que se ordena el sentido del pasado en función de las representaciones del presente (p. 107), por lo que podría decirse que en el caso de los lugareños, su noción del presente se encuentra relacionada con la idea de estabilidad y alegría, mientras que la representación de los foráneos se da más en términos de la hostilidad que significa para ellos el día a día.

Estas representaciones poseen una carga emotiva que logra ponerse en evidencia a través de las narrativas dotadas de sentidos, pues como lo menciona Jelin (2002), “ya no se trata de mirar la memoria y el olvido desde una perspectiva puramente cognitiva, de medir cuánto y qué se recuerda o se olvida, sino de ver los “cómo” y los “cuándo”, y relacionarlos con factores emocionales y afectivos” (p. 17). Las memorias se gestan en unos marcos sociales, pero pasan primero por los recuerdos individuales, que develan unas subjetividades emotivas. Estos factores emocionales y afectivos logran calificar de significativos los recuerdos. No existen entonces memorias familiares que sean indiferentes o vistas desde la superficialidad del hecho, al contrario, estas se hacen recuerdo porque representan un hito importante en sus vidas y configuran algunas realidades presentes. Sin embargo, para los foráneos resulta difícil nombrar estas emociones, manteniéndolas soterradas para evitar sentir el dolor que les genera el recuerdo de desarraigo.

Otro aspecto común en las memorias familiares está relacionado con la experiencia de conflicto. En el caso de las familias de los lugareños acuden a recuerdos de momentos en

los que sus familias entraron en altercados por herencias, lo que desencadenó ciertas rupturas en las relaciones familiares. Además, es recurrente que se narren las disputas por el poder económico y político entre las familias que han habitado la vereda Cabeceras durante los últimos cincuenta años. Estos recuerdos ponen en evidencia un juego de huecos y fracturas (Jelin, 2002) que se dan en el pasado de las relaciones familiares de los lugareños y que logran esclarecer los problemas del presente (Torres, 2014), respecto a las relaciones comunitarias que hoy se ven notablemente deterioradas.

Para los foráneos, estos recuerdos de conflicto se dan principalmente en el marco de las violencias ocasionadas por el conflicto armado interno en Colombia, pues sus familias fueron víctimas de desapariciones forzadas, masacres, asesinatos y desplazamientos forzados por parte de actores armados. Se pone en evidencia que los conflictos sociales son el motor de la historia (Torres, 1992) y en este sentido es innegable que la historia nuestra está atravesada por hechos de violencias que han sido una de las causas del fenómeno de movilidad humana. Este hallazgo es significativo, pues la ubicación de la vereda no ha sido un centro de violencias del conflicto armado colombiano. Si bien estas personas se sienten tranquilas en el territorio que las recibe por no tener un historial de conflicto armado, eso no les genera la suficiente tranquilidad para contar sus historias. Las voces testimoniales dan cuenta de ello:

Es muy maluco hablar de eso, duele, igual duele. Nos tuvieron que tener con psicólogo, la pérdida de todo: de la familia, de la tierra, de animales [...] Pues igual todos eran con el miedo porque uno podía estar en Medellín, en Rionegro, donde sea pero el miedo nunca se iba, uno siempre vivía con el miedo pensando que podían llegar a la hora que fuera. Ahora por lo menos ya es pasable, pero al principio fue muy duro, no dormíamos (E. F. 2).

Resulta inquietante que las familias hayan encontrado cierta tranquilidad al salir de los territorios de conflicto, pero al momento de narrar sus victimizaciones llegan a un punto en donde se restringen y naturalizan, pues se da un ocultamiento de esos acontecimientos como forma de autoprotección ante sus propios recuerdos.

Tuve un familiar que fue masacrada por grupos armados. En la vereda no me tocó pero si darme cuenta de las personas que mataban, a un primo mío si lo mataron. Conviví con dos grupos armados mucho tiempo, de verlos y de tener que compartir mucho tiempo con ellos, pero hasta ahí (E. F. 1).

Si bien la intención investigativa no pretendía abordar las memorias desde el conflicto armado, estos acontecimientos emergieron dentro de los diálogos con las familias foráneas, notándose el desconocimiento de estas historias de vida por parte de las familias de los lugareños y el ocultamiento por las familias de los foráneos, como una forma de rehacer la vida. Bajo esta perspectiva, queda claro que cualquier contexto del territorio nacional se ve permeado por estas historias, que en palabras de Benjamin (2010) representan la memoria de los sin nombre.

Más allá del conflicto armado, es la memoria en sí misma una actividad de conflicto, pues no busca los consensos en las narrativas, sino la exposición de las divergencias que se dan entre las personas que comparten un espacio y un tiempo específico. No es una sola memoria, son múltiples memorias que se encuentran para discutir verdades. Esta pluralidad de historias es mencionada por Benjamin (2010) y comparada con una especie de esperanto, pues no existe para el autor la universalidad en la historia. La historia es una construcción humana que se disputa el poder, y las memorias familiares ponen en evidencia que sus realidades no han sido ajenas a estas disputas, que ponen de relieve la relación vencedor - vencido, opresor - oprimido.

Aunque existan diferencias entre las memorias de lugareños y foráneos, sus condiciones socioeconómicas de origen presentan similitudes, pues en ambos casos refieren que proceden de hogares campesinos y de situaciones económicas caracterizadas por la pobreza, y en ambos casos sus familias tuvieron ocupaciones agropecuarias. En el caso de los lugareños, estas condiciones económicas precarias se superan al llegar a la vereda Cabeceras, concediendo la posibilidad de adquirir patrimonio en este territorio. Para el caso de los foráneos, persiste la condición de pobreza, reconociendo que el territorio que actualmente

habitan les da más posibilidades que sus lugares de origen. Este origen común de pobreza es narrado por las familias de la siguiente manera:

Siempre venía aquí al ranchito, porque yo vivía en un ranchito de bahareque, chiquitico, amontonaba todos los abonos, los cuidados. Y a lo que ya tuvimos la familia tuvimos la casita y el pedacito de tierra a punta de sudor (E. L. 2).

Yo también soy el mayor de mi casa, fuimos demasiados hijos, fuimos 8, también me tocó desde muy temprano trabajar, vi que era muy difícil de estudiar porque era el mayor. Él (el papá) siempre me dijo que si quería estudiar estudiara, pero éramos muy pobres, entonces me dediqué mucho a trabajar y a colaborar en la casa (E. F. 1).

Aunque el origen es común, los lugareños hoy no se autoconciben como campesinos, mientras que los foráneos por su labor de mayordomía siguen conservando esta imagen de sí mismos y algunas prácticas y saberes propios de su actividad en el campo. Aparece en este punto una nostalgia por el pasado recurrente tanto en las familias de los lugareños como de los foráneos. Lo primero es la añoranza de esos saberes y prácticas campesinas que fueron primigenias en la conformación de sus familias. Al respecto, Torres (2014) desarrolla la idea de que la memoria no solo se halla en los recuerdos de sus miembros sino en las huellas que el pasado deja en el espacio físico, en los objetos, en los registros visuales y en las prácticas sociales que permanecen o que están ausentes en el presente.

Otro aspecto que genera nostalgia por el pasado está relacionado con la propiedad y el uso de la tierra. En el caso de los lugareños existe el recuerdo de la tierra que poseían y que tuvieron que vender a causa del cambio de las dinámicas sociales, económicas y culturales que sufrió el territorio en los últimos cincuenta años. Y en el caso de los foráneos, esta nostalgia se da respecto a la tierra que poseían y el uso que le daban en otros lugares distintos a la vereda Cabeceras, pero que se vieron obligados a abandonar en busca de oportunidades económicas. Lo lugareños plantean:

Todo esto era una despensa para Rionegro, todas estas cinco veredas del corregimiento sur. Lo que pasa es que llegó el progreso, zona franca, el aeropuerto, etc. Todo esto se convirtió y se está convirtiendo en fincas de recreo, ya nadie siembra

papita, nadie siembra un frijol, ya nadie está con un tractor abriendo para sembrar agricultura[...] Sino que ya es para hacer construcciones o sea que esto ya se convirtió en un poblado, en el barrio Poblado de Medellín. Por aquí no he visto yo que hayan obligado a nadie (a vender), de pronto por la cuestión de economía, entonces ya si uno está muy pobre o le hace falta dinero, pues si me dan mil millones por mi casita y mi tierrita que tengo, yo con mil millones compro en Rionegro tres casas, alquilo dos y vivo en una (E. L. 1).

Por su parte, los foráneos expresan:

Igual acá uno vive muy bueno pero si le da a uno mucha tristeza. San Carlos es un pueblo muy turístico, pero debido a tanta violencia que hubo la gente acabó con cultivos, con café, con la caña, con todo, entonces allá no hay posibilidades de trabajo. Por ejemplo, mi esposo tiene su casita y mi mamá vive allá con mis hermanos, pero sinceramente no sé cómo hacen. Les resulta un diita a la semana, con eso viven, comen, entonces es muy difícil, no hay posibilidades de trabajo... uno si quisiera volver allá pero es muy difícil, pues eso dice la gente que debido a la violencia las tierras se volvieron imposibles de cultivar (E. F. 2).

Esto logra develar una clara relación entre memoria y espacialidad, pues la historia se encuentra incrustada en un lugar y un tiempo específicos, que configuran la pertenencia y la identidad respecto a las prácticas que culturalmente se consolidan en los territorios. En el caso de los foráneos, se manifiesta el no lugar como la imposibilidad de experimentar como propio el lugar que se habita (Cuevas, 2020, p. 74), pues no son dueños de la tierra sino que funcionan como mayordomos. Sin embargo, la recuperación de sus memorias se enmarca en la apropiación con ciertos lugares o espacios desde los cuales es leído y narrado el recuerdo individual y colectivo: La tierra, la finquita, la vereda, la región, junto con las relaciones sociales y cotidianas que allí se dan (Ospina, 2011, p. 8).

Considerando que las memorias tanto de lugareños como de foráneos están ubicadas en territorios distintos, se da un desconocimiento recíproco y una no identificación con la

historia del otro. Si el territorio le otorga sentido a la memoria en palabras de Ospina (2011), el no reconocerse dentro de un espacio territorializado impide comprender las memorias familiares de todos como la sumatoria de sueños, luchas y reivindicaciones. Entonces se da una nostalgia no solo por el espacio habitado sino respecto a la relación con el otro. Es la nostalgia de la complicidad que permitía lazos muy estrechos entre las personas que habitaban el territorio. Los lugareños manifiestan que antes de darse los cambios en las dinámicas de la vereda ellos se conocían, había expresiones de solidaridad entre ellos, y existía una confianza que les permitía el reconocimiento del otro desde una experiencia de comunidad que se acercaba a una relación de familiaridad. No está muy alejada la percepción que al respecto tienen los foráneos, pues sus experiencias de relacionamiento comunitario se dan en el marco de vínculos muy estrechos, cooperación, confianza y cercanía. Al respecto plantean los foráneos:

¿Entonces qué pasaba? Éramos como tres veredas que éramos todos como una mera familia. Todos nos conocíamos, todos compartíamos, todo el mundo entraba a la casa de uno, sin ser anunciado, aquí siempre hay comida para todo el que llegue, éramos pobres, pero donde comen dos comían tres, cuatro, cinco. Se acomodaban cuatro, cinco, seis pa dormir, en cambio por acá siente uno que no tiene esa confianza, no es lo mismo, aunque sean muy detallistas, aunque sean lindos con uno, uno no tiene esa confianza con ellos, uno siempre se siente distante en cuanto a eso, porque no es lo mismo (E. F. 1).

Y lo lugareños también expresan:

De verdad este corregimiento sur como estábamos hace cuarenta años, nos conocíamos todos y ahora no nos conocemos. Por ahí cinco o seis allá en la fonda de Cabeceras o en el colegio cuando uno va a llevar la niña a estudiar se saluda uno con dos o tres. Hay unos que tienen muy mala cara, hay otros muy formales, unos que uno socializa con ellos y son formales, hay otros que parecen viendo un limón y chupándose otro. Nos sentimos como desplazados por algunas personas que han

venido a vivir a este corregimiento sur, porque yo transito por Pontezuela, San Nicolás, el Capiro, por todo lado y no veo sino gente forastera. Entonces ya uno no conoce la gente, y de verdad que hay gente de todas las calañas (E. L. 1).

Podría decirse, al respecto, que aunque las familias de lugareños y foráneos conviven en un mismo territorio, no se establecen relaciones comunitarias, ni expresiones de acogida. Además, en palabras de Torres (2014), no logra configurarse una identidad colectiva, ni mucho menos un “nosotros” que genere representaciones comunes del presente y proyecciones futuras de transformación de sus realidades contextuales. Las memorias podrían ser el vehículo que permita fortalecer esos lazos comunitarios

porque las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones de memoria, relaciones entre vivencias y experiencias de un pasado y de un presente que no coinciden, de persistencias, a veces obsesivas, del pasado en el presente, de herencias recibidas y no deseadas, de perdones no concedidos y de nostalgias no superadas (Mélích, 2010, p. 144).

Sin embargo, las condiciones no están dadas para esto. Hay unos obstáculos notables que no permiten una relación de identidad o coincidencia entre las memorias y las familias. Esta no coincidencia entre las memorias y las familias permite esclarecer la concepción presente que tienen de la comunidad de la cual hacen parte, pues como diría Lavabre (1998) “el testimonio no explica la realidad pasada sino la verdad del presente tal como la sociedad la construye” (p. 106), es decir, la concepción que hoy tienen las familias respecto a la comunidad pone en evidencia profundas grietas y distanciamientos en sus relaciones sociales.

Y son justamente estos distanciamientos, los que ponen de relieve otro rasgo de nostalgia, y es la relación de la escuela con las familias. Se hace visible esa añoranza de que la escuela sea un lugar de incidencia en las relaciones comunitarias y en el encuentro de las familias. La escuela como lugar central de la comunidad permite que dentro de las actividades que convoca también se puedan generar lazos de reconocimiento y confianza. Al respecto manifiestan los foráneos: “Pero es de verdad que mire que no hay espacios para eso, uno de

por sí viene a una reunión y solamente viene le pone atención a la profesora y de por sí uno no se relaciona como con nadie” (E. F. 2). Y los lugareños:

Antes se hacía fiesta del campesino, antes hacía muchas cosas. Las tradiciones que teníamos antes eran muy bonitas, celebrábamos el día del niño, celebrábamos la antioqueñidad muy bien celebrada [...] El mes de agosto era el mes de los abuelos y siempre lo tenían en cuenta, ya no. Llevaban a los abuelos a la parroquia, celebraban la misa con los abuelos y hacían muchas actividades (E. L. 2).

La escuela representa un lugar significativo para las comunidades y escenario privilegiado para fortalecer la vida comunitaria. Añoran las familias que la institución educativa recupere espacios y actividades que permitían los encuentros, el fortalecimiento de lazos de confianza y solidaridad. Es la escuela un lugar que debe gestar la recuperación de las memorias de sus habitantes, con el fin de conocer las realidades contextuales más próximas y abordarlas a través de los procesos educativos que allí se dan. Retomando las ideas planteadas por Jelin (2002), se hace necesario la creación de espacios de debate, considerando que el sistema educativo puede llegar a ser un escenario donde se puede llevar adelante la incorporación de ejercicios de memoria, que a su vez permiten la identificación de un pasado que une a las personas.

Las dinámicas de la vereda Cabeceras y de la Institución Educativa Gilberto Echeverri Mejía, muestran que hay unas memorias ausentes, que son las de aquellas personas que han adquirido fincas de recreo en la vereda pero que por su condición socioeconómica no hacen parte de la institución educativa, sin embargo, tienen injerencia en la cotidianidad de las familias de lugareños y foráneos, y de las relaciones sociales que allí tejen. A raíz de esto, aparece una contradicción de clases sociales, en algunos casos la relación es propietario de la finca y mayordomo en condición de empleado, en otros, los mayordomos no tienen contrato laboral y se crea una relación de servidumbre. No importando cuál sea el tipo de relación, las familias de los mayordomos están supeditadas a las decisiones que los dueños de las fincas toman sobre su tiempo y sus prácticas. Complementariamente, no hay una relación entre los dueños de las fincas de recreo y lugareños, más allá de la vecindad entre copropietarios.

Respecto a la categoría de familia se encuentra que en su origen y composición son extensas, sin embargo, aparece una diferencia entre los lugareños y los foráneos, pues los lugareños tienen la posibilidad de vivir una familia extensa al ocupar el mismo territorio, mientras que para los foráneos al desplazarse a la vereda han tenido que dejar a sus parientes en otros lugares. Los foráneos, entonces, se ven privados de disfrutar la experiencia de la familia extensa por lazos de parentesco y también por la experiencia de comunidad que se daba en sus territorios de origen. Este tipo de familia extensa corresponde con el origen tradicional de familia campesina del que habla Gutiérrez (1994), cuando realiza una tipología de familia en complejos culturales, que derivan de las características que se dan en cada región. Allí, expone ampliamente algunas recurrencias en la configuración de la familia extensa antioqueña, que tienen mucha relación con lo que experimentaron las familias que habitan actualmente la vereda Cabeceras.

Sobre esta experiencia de familia extensa, Gutiérrez (1994) afirma que dadas las condiciones socioeconómicas de la región, las familias habitaban un mismo territorio y estaban en función de una misma actividad productiva. Aun así, las nuevas familias que se iban conformando en núcleos independientes, no realizaban rupturas con esta familia extensa, sino que se consideraban miembro orgánico de esta. Además, esta concepción de familia extensa lograba romper la idea de que se daba solo por lazos de consanguinidad, convirtiendo entonces la vivencia de familia extensa en una experiencia comunitaria.

En el caso de los lugareños, son justamente los cambios que se dan en la vereda durante los últimos años, los que han impedido esta experiencia a plenitud de la familia extensa, pues aunque actualmente habitan el mismo territorio, al cambiar el uso de la tierra y la posesión de esta, cambian las dinámicas familiares, creándose algunos distanciamientos y conflictos. En palabras de Bourdieu (1997) la familia pierde la gestión del patrimonio económico en común, pues al darse el proceso hereditario, se parcelaron las tierras y se pierden las actividades productivas agropecuarias que los mantenían unidos. Se dan entonces algunas rupturas familiares que influyen, además, en las interacciones comunitarias que giraban en torno a objetivos comunes. De ahí que sea claro el testimonio de las familias de los lugareños:

Yo recuerdo que ahora cuarenta años, la Junta de Acción Comunal era la de los convites. Un ejemplo, los tanques del acueducto fueron hechos por nuestras propias manos, yo era un niño cuando me tocó coger un azadón y una pica con mi papá, todos los de aquí de la vereda nos íbamos a abrir la brecha para el acueducto, que son dos o tres tanques ya, eso era en convite que se hacía, las romerías, el san Isidro, pintar el colegio. Hoy en día no existe ninguna cosa de esas, hoy la JAC no sabemos ni quién es (E. L. 1).

Esta experiencia de familia extensa de los lugareños no dista mucho de la que tuvieron los foráneos. Actualmente, al verse privados de compartir con esa familia extensa por lazos de consanguinidad y parentesco, tienden a percibirse más aislados, pues no encuentran vínculos comunes. Esto remarca la renuencia que tienen a sentirse identificados con el territorio compartido y, por tanto, resistencia a hacer comunidad. De ahí que aparezca constantemente la nostalgia de esa experiencia comunitaria que vivían en sus territorios desde la cooperación y ayuda mutua. Esta visión es muy importante, porque no pone todo el peso de la cooperación en los lazos de consanguinidad y parentesco, sino que logra rupturas en la concepción de familia. Al respecto, Puyana (2007), afirma que precisamente por fuera del núcleo familiar deben propiciarse experiencias de amor, solidaridad, ayuda mutua y bienestar emocional, a fin de favorecer relaciones en otras instancias de la vida social, que no deleguen el peso de la responsabilidad al núcleo familiar, ya que “se le atribuye a la familia la raíz de los problemas sociales y se justifica reducir las funciones del Estado hacia sus necesidades, culpabilizándola de los problemas de las nuevas generaciones” (p. 7). Sobre esto, el testimonio de los foráneos también es esclarecedor:

Yo creo que uno de la convivencia con los vecinos uno se siente como extraños, no como familia, como la persona que me da una mano si la necesito y que es bien conmigo, ni indiferencia ni egoísmo, como les estorbamos no, ellos nos acogen muy bien. Pero no es lo mismo que la vereda donde nosotros vivimos a donde estamos, porque la convivencia es muy diferente, digamos que la vereda de donde nosotros venimos todos éramos una familia (E. F. 1).

Aunque esa sea la situación actual de las familias que habitan la vereda Cabeceras, hay un anhelo de la vivencia de esa familia extensa por fuera de la consanguinidad y más desde una experiencia comunitaria. Sin embargo, en palabras de Gutiérrez (1994) resulta difícil recuperar estas interacciones comunitarias-familiares pues se pierde la capacidad de intercambio y asistencia mutua que se hacía más evidente en las dinámicas campesinas.

Las familias de la vereda Cabeceras poseen otra característica común y es la concepción de una familia nuclear tradicional, conformada por padre, madre e hijos. Para el caso de los lugareños representa un privilegio de poder estar juntos sustentado en ideas morales y religiosas. En el caso de los foráneos, persiste esta idea tradicional de conformar la familia que además se vuelve indispensable para poder desempeñarse como mayordomos. Los roles en ambos casos están claros: el hombre como proveedor del hogar y el trabajo doméstico y de cuidado pertenece a la mujer. Citando a Palacio (2009), podría afirmarse que el contexto y la dinámica de la vereda Cabeceras impone una institucionalización de esa forma de familia tradicional-nuclear como un modelo homogéneo que facilite las prácticas de la mayordomía. Esta imposición está dada en términos laborales-económicos en donde “inciden jerarquías, violencias e inequidades que se ocultan bajo el fantasma de la familia ideal consensuada” (Puyana, 2007, p. 4).

Se podría afirmar, que las familias de los foráneos establecen una relación de servidumbre con esas familias de las memorias ausentes, en la medida en la que todos los miembros del hogar están en función de satisfacer las necesidades de los propietarios de las fincas y una clara relación de subordinación ante la necesidad económica. Estas relaciones de servidumbre modifican la dinámica familiar, en la medida en la que la mujer debe ser ama de casa de dos hogares, las hijas se ven obligadas a las labores de cuidado y los hijos a ayudar a sus padres en el mantenimiento de las fincas.

Pero la señora quería que yo le ayudara cada que viniera y no sabía cuándo iba a venir, entonces tenía que quedarme aquí esperando, no podía ni salir, entonces los muchachos ya estaban aburridos (E. F. 1).

En palabras de Puyana (2007), este modelo de familia se fundamenta en unas relaciones de género que impiden que la mujer se vincule a un oficio diferente al doméstico, para que así se pueda adaptar a la movilidad geográfica de su esposo. De este modo, las familias se convierten también en “productoras de personalidades humanas” (p. 11), heredando estos roles instrumentales a sus hijos e hijas.

Respecto a las familias de la vereda Cabeceras, queda claro que han sufrido cambios significativos en su composición y relacionamiento, debido a las transformaciones que se han dado en el territorio los últimos años y que están enmarcadas en el uso de la tierra, la posesión de la misma y las actividades laborales - económicas que hoy se imponen como sustento de la comunidad.

Al tener conocimiento hasta este momento de las memorias de las familias, sus puntos de encuentro y diferencias y la composición familiar que poseen, se configuran ciertas relaciones, que no son justamente desde las regularidades o complementariedades, sino más bien desde las contradicciones y tensiones en las relaciones. Existe de parte de los foráneos un sentimiento de extrañeza, pues no se sienten pertenecientes del todo al territorio, se sienten ajenos a las prácticas y relaciones establecidas. Por parte de los lugareños persiste un sentimiento de desconfianza que les imposibilita acoger a aquellos que llegan. Además, se crean ciertos prejuicios sociales hacia estos nuevos pobladores. Manifiesta uno de los lugareños:

Ha venido otra gente muy raras y extrañas, hasta nosotros mismos nos sentimos con miedo, porque nosotros somos nativos de acá, pero sentimos ya miedo porque ya no es la misma vereda que teníamos. Anteriormente podíamos salir, y éramos saludándonos, éramos conversando, hacíamos las visitas, ya ahora prácticamente no, en las casas de cada uno no más (E. L. 2).

Complementariamente, señala otro lugareño:

Hay patrones que cambian mucho mayordomo, como también hay otros que son muy estables, pero de verdad que no sé eso cómo lo van a parar porque de verdad uno ve

todos los días personas diferentes. Lo mismo en el colegio cuando uno va a saludar a la gente, no sé si son tímidos o viven acomplejados, pero no socializan mucho. También como esos mayordomos no son tan estables nos pueden generar cierta desconfianza, porque hay mayordomos de las fincas que nos rodean y son estables y son amigos (E. L. 1).

Esta extrañeza que se da entre la relación de lugareños y foráneos genera unas confrontaciones internas entre las familias de los foráneos sobre si deben permanecer en el territorio, regresar a sus lugares de origen o continuar migrando en busca de mejores oportunidades. Y este dilema, está reflejado en un fenómeno de movilidad humana, causado por factores económicos y de empleabilidad, que no permiten estabilidad en las relaciones entre las familias.

Otra de las relaciones que se dan entre las memorias es la tensión intergeneracional. Es recurrente que abuelos y padres manifiesten cierta dicotomía con respecto a las concepciones de los jóvenes y asimismo los jóvenes también expresan su diferencia. Lo valioso es que hay un deseo tanto de padres como de hijos de que se propicien espacios de diálogo, donde se puedan gestar acercamientos en torno a estas divergencias respecto a las concepciones del mundo. Sobre esto, Jelin (2002) recalca la importancia de que “las nuevas generaciones pueden llegar al escenario público con otras visiones, basadas en aprendizajes de parte de la experiencia pasada, pero al mismo tiempo reavivar las memorias, interrogando a los mayores acerca de sus compromisos y sus vivencias en ese pasado conflictivo y represivo” (p, 123).

Si entendemos, en palabras de Sánchez (2003), las memorias como espejo del presente, urge que los jóvenes emprendan acciones que les permitan volver al pasado, para conocer esos acontecimientos que hoy inciden en la comprensión que tienen del presente y para actuar mejor en este presente y en el futuro. De este modo, se podría lograr una conciencia crítica del carácter histórico de la sociedad, que sirva de fermento movilizador y liberador (Torres, 1992). Si bien hay ciertas resistencias, estas también se dan por los pocos espacios de interacción comunitaria, dejando abierta la posibilidad de que se puedan

reconstruir los lazos comunitarios a través de la experiencia histórica de las exigencias del presente. Sobre esto, Torres (2014) puntualiza que

A partir de una dialéctica de recuerdo y olvido, los pueblos construyen sus propias representaciones del pasado que les permiten dar coherencia a su devenir colectivo, a la vez que alimenta sus sentidos de pertenencia y organizan sus saberes, creencias y prácticas. Este proceso intersubjetivo de construcción de sentido histórico y de identidad colectiva es la memoria social (p. 39).

Por otro lado, no se percibe que tanto las familias foráneas como la de los lugareños, comprendan la importancia de hacer memoria de sus propias vidas, y cómo estas mismas pueden aportar a la construcción de comunidad en el territorio. Hay un triunfo de la memoria oficial en contravía de los contrarrelatos que allí emergen. Sobre esto, Lavabre (2009) cuestionará que las políticas de la memoria, o memoria oficial, pueden claramente influenciar las representaciones que tienen los derrotados de la historia.

En definitiva, la mayor derrota de las memorias de las familias es la institución educativa, pues esta perdió el lugar protagónico que le permitía acercar a las personas, recuperar las memorias, propiciar relaciones, afianzar vínculos y fortalecer la vida comunitaria.

Conclusiones

Las memorias que emergieron de la interacción de los estudiantes con sus familias presentan varias características disímiles y comunes. Lo primero es que todas estas memorias están atravesadas por vivencias de goce y de dolor, lo que muestra la carga emotiva significativa. Luego se logra poner en evidencia que las condiciones socioeconómicas de origen tanto de los lugareños como de los foráneos son caracterizadas por la condición de pobreza y el origen campesino. Además, en sus memorias es recurrente la narrativa de conflicto: en los lugareños está más relacionado con los conflictos familiares y en los foráneos con el conflicto armado colombiano. También es común la nostalgia por el pasado, por esos saberes y prácticas campesinas, además de la propiedad y el uso de la tierra. Allí es notable

la nostalgia de la complicidad con el otro, en lo que refiere la experiencia comunitaria de sus lugares de origen que se asemejaba a la experiencia de una familia extensa.

En esta recuperación de las memorias familiares fue posible encontrar algunas características de las familias. Lo primero es que la mayoría de ellas provienen de familias extensas con dinámicas tradicionales campesinas, homogéneas y heteronormativas en donde los roles siguen estando claramente diferenciados por el género. Luego se puede evidenciar que existe una relación de servidumbre de las familias de los foráneos con las demás familias, estableciendo claramente una contradicción de clases sociales.

De ahí que puedan establecerse unas relaciones entre estas memorias familiares. Lo primero que sale a la luz es el sentimiento de extrañeza, que genera por parte de los lugareños desconfianza de quienes llegan al territorio y, por parte de los foráneos, la percepción de no sentirse acogidos. Esto a su vez alimenta el fenómeno de movilidad humana que es notable en la vereda, pues los foráneos se encuentran con el dilema de permanecer en el territorio, retornar a sus lugares de origen o continuar la búsqueda de mejores posibilidades económicas. Existe, además, una tensión entre las generaciones que ha impedido la comunicación de las memorias, las prácticas y los saberes, en tanto los adultos se sienten incomprendidos por los jóvenes y viceversa.

Podría finalmente concluirse, que la comprensión que hoy tienen los habitantes de la vereda Cabeceras de sí mismos y de su entorno, se da por las grietas y rupturas que han ocurrido en el pasado y que no han sido tenidas en cuenta para consolidar y fortalecer los lazos comunitarios, que les permitan retomar objetivos comunes. Por eso las relaciones que hoy se establecen en el territorio no pasan de ser serviles, en términos económicos y además se ignora la posibilidad de construir comunidad a partir de identidades divergentes. Sin embargo, el ejercicio de memoria logró poner esto en evidencia y suscitar ciertos cuestionamientos respecto a la dinámica comunitaria, y el papel que podría jugar la escuela en procesos que posibiliten la reconstrucción del tejido colaborativo y solidario, por la movilización de este deseo de diálogo y encuentro que manifiestan sus integrantes. En

últimas, se reafirma que el principal triunfo de la historia oficial ha sido anular la escuela como un centro vinculante al servicio de la construcción de comunidad.

Recomendaciones

Como recomendaciones, sugerimos que la institución educativa recupere la dimensión comunitaria que la caracterizó, pues las familias reclaman que esta sea un escenario en donde puedan interlocutar todas las personas que habitan el territorio. Es importante que la institución educativa proponga estrategias y actividades que permitan el encuentro de las familias y el fortalecimiento de los lazos de confianza entre las mismas. Además, la escuela debe conocer el contexto en el que se circunscriben las familias de los estudiantes, a fin de lograr una formación pertinente y que aborde las problemáticas, necesidades y potencialidades de la comunidad y el territorio. La institución educativa debe ser un lugar de acogida y no replicar el discurso instituido de la historia oficial.

Al sistema educativo sugerimos que oriente la enseñanza de la historia, no como un acumulado de conocimientos del pasado, que terminan quedando en un aprendizaje memorístico, sino como la recuperación constante de las memorias de los pueblos que permita procesos de comprensión de las realidades contextuales y que sirva, en palabras de Torres (1992), como fermento de movilización y transformación social. Se precisa, además, que los procesos de recuperación de las memorias no son exclusivas del área de ciencias sociales, sino que pueden ser abordados transversalmente en todas las áreas del conocimiento y momentos de la formación escolar.

A la educación como campo le compete promover la reflexión de las memorias familiares para favorecer una formación contextualizada ya que, si entendemos que la memoria es más un efecto del presente que del pasado (Lavabre, 2009), entonces desde una visión crítica de la educación esta tendría la responsabilidad ética de volver al pasado para comprender la dimensión histórica de los sujetos en el presente, y actuar en concordancia a esto hacia horizontes liberadores. Torres (1992) dirá también que los procesos de recuperación de la memoria deben ser educativos de principio a fin.

Referencias

- Adorno, T. W. (1998). *Educación para la emancipación*. Morata.
- Almanza Loaiza, Tulia. (2013). La memoria de la experiencia como respuesta ética ante las víctimas. *Franciscanum. Revista de las Ciencias del Espíritu*, 55(160), 17-50. Retrieved November 25, 2022, from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-14682013000200002&lng=en&tlng=es
- Benjamin, W., & Echevarría, B. (2010). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Desde Abajo.
- Bourdieu, P. (1997). Espíritu de familia. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, 126-138.
- Cicerchia, Ricardo, & Bestard, Joan. (2006). ¡Todavía una historia de la familia! Encrucijadas e itinerarios en los estudios sobre las formas familiares. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(1), 17-36. Retrieved November 25, 2022, from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-715X2006000100002&lng=en&tlng=es.
- Cuevas Marín, C. D. P., & Bautista Fajardo, J. (2018). *Memoria colectiva, corporalidad y autocuidado: Rutas para una pedagogía decolonial*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Fustel de Coulanges, Numa Denys. (1997). *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma*. Editorial Panamericana.
- Galeano, M. M. E. (2020). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Universidad Eafit.
- Giraldo Z. L. F. (2002). Parentesco y familia: Una dimensión simbólica. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 4, 102-109. <https://revistasojs.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/5883>.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1994). Familia y cultura en Colombia. *Medellín: Universidad de Antioquia*, 129-219.
- Gutiérrez, V. (1998). Cambio social, familia patriarcal y emancipación femenina en Colombia. *Trabajo Social*, (1), 39-50.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva* (Vol. 6). Prensas de la Universidad de Zaragoza.

- Bausela Herreras, E. (2004). La docencia a través de la investigación-acción. *Revista Iberoamericana De Educación*, 35(1), 1-9. <https://doi.org/10.35362/rie3512871>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo veintiuno.
- Kemmis, S., McTaggart, R., & Nixon, R. (2014). *The action research planner: Doing critical participatory action research*. Springer Singapur. <https://doi.org/10.1007/978-981-4560-67-2>
- Latorre, A. (2004). *La investigación-acción. Conocer y cambiar la práctica educativa*. Grao.
- Lavabre, M. C. (1998). Maurice Halbwachs et la sociologie de la mémoire. *Raison présente*, 128(1), 47-56. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00852592>
- Lavabre M.-C., & García Ruiz J. (2009). La memoria fragmentada. ¿Se puede influenciar la memoria?. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 11, 15-28. <https://revistasojs.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/816>.
- Marie-Claire Lavabre. La mémoire collective comme métaphore. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 50-1 | 2020, 275-283. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7507392>.
- Mate, R. (2008). *La herencia del olvido*. Madrid: errata naturae.
- Melich, J.C. (2010) *Ética de la compasión: Ética y memoria*. Herder.
- Gutiérrez Negrete, F. J. (2019). El concepto de Familia en Colombia: una reflexión basada en los aportes de la antropóloga Virginia Gutiérrez sobre la familia colombiana en el marco de la Doctrina Constitucional. *Temas Socio-Jurídicos*, 38(76), 130-154. <https://doi.org/10.29375/01208578.3589>
- Ospina Florido, B. (2011). Espacializando la memoria: reflexiones sobre el tiempo, el espacio y el territorio en la constitución de la memoria. *Aletheia*, 2(3). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3879697>
- Palacio Valencia M. C. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y lo líquido. *Latinoamericana de Estudios de Familia*, 1, 46 - 60. Recuperado a partir de <https://revistasojs.ucaldas.edu.co/index.php/revlatinofamilia/article/view/5570>

- Puyana, Y. (2007). *El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo*. Familias, cambios y estrategias, 262-278. <https://vidayfamilia.antioguia.gov.co/wp-content/uploads/2022/02/BFGCF4.pdf>
- Restrepo Gómez, B. (2009). La investigación-acción educativa y la construcción de saber pedagógico. *Educación Y Educadores*, 7, 45-55. <https://educacionyeducadores.unisabana.edu.co/index.php/eye/article/view/548>.
- Sánchez, R. (2003). *De la memoria a la acción: crítica histórica*. Universidad del Valle.
- Torres, A., Cendales, L., & Peresson, M. (1992). *Los otros también cuentan: elementos para la recuperación colectiva de la historia*. Dimensión Educativa.
- Torres, A. (2014). *Hacer historia desde abajo y desde el sur*. Ediciones desde abajo.
- Vasco, C. E. (1989). *Tres estilos de trabajo en las ciencias sociales: comentarios a propósito del artículo conocimiento e interés de Jurgen Habermas*. Universidad Nacional de Colombia.
- Vilariño Picos, M. T. (2011). Retorno a la hermenéutica con Mario J. Valdés. 1616: *Anuario De Literatura Comparada*, 1, 373-386. https://revistas.usal.es/index.php/1616_Anuario_Literatura_Comp/article/view/835
- 3